

La beata

Elite, 1951-09-15.

Todo está silencioso, tranquilo. Caracas duerme aún su sueño de piedra. La oscuridad se diluye lentamente, como si el negro fuera tornándose menos negro, más transparente. Por el Este asoma ya un albor de incendio, amarillo, rojo, que va subiendo como un estallido lento, invadiendo todo el ambiente. Y en esta incipiente lucha del día con la noche, los pajarillos se desperezan en sus nidos, y anuncian el alba con sus alegres trinos. Un grillo comienza a girar la monótona rueda de su "cri-cri" acompasado, y la naturaleza anuncia el milagro de un día nuevo... que nada será capaz de abortar. Los bombillos de la ciudad empiezan a palidecer, de vergüenza o de miedo. Cada vez alumbran menos, hasta quedar guindados como naranjas maduras. El sol enciende los cristales de algunas ventanas que dan al Levante, y empieza a proyectar sombras largas, desmesuradamente largas, de las cosas. Y a brillar discretamente en el suelo húmedo de las calles... Se abre un portón, y surge a la luz una forma negra que camina presurosa por la acera. De vez en cuando se detiene, recoge cuidadosamente su falda y salta un bache, rodea un hoyo de la calle, y sigue caminando con el apresuramiento de quien teme llegar tarde a algún sitio...

– Buenos días.

– Buenos días, señora...

Es el panadero. Siempre cruzan en la misma cuadra. Es el conocimiento superficial pero afectuoso de los que frecuentan el mismo lugar a la misma hora. Ella comienza su jornada; él termina la suya, de duro trabajo en el horno, con esta última tarea del reparto. Ambos coinciden siempre al alba, y la vieja se muestra afectuosa con los que frecuentan su mundo. Pasa veloz un camión. La viejecita se detiene un poco temerosa, pero sonrío comprensiva...

– ¡Ay, Dios mío!... Estos pobres hombres...

Son los camiones cargados de legumbres y cambures que aún vienen llegando al mercado. Ella se cruzará con algunos más en el trayecto. La iglesia queda a algunas cuadras todavía, y la viejecita camina a saltitos, murmurando plegarias...

Aquí, tres perros se disputan una esquina, husmeándose alternativamente. Al llegar la viejecita, se paran y le siguen un rato dócilmente. Ella, sin dejar de caminar, reparte en tres un mendrugo, y les lanza los pedazos con un gesto infantil...

– ¡Hala!, y dejarme en paz... No tengo más.

– ¡Dios mío, Dios mío!...

Y la viejecita se santigua apresuradamente, dos, tres veces, y pasa a la otra acera. Allí se detiene un momento para santiguarse otra vez y rezar un poco por aquel pobre desgraciado que está tendido en el suelo, boca abajo, con buena parte de su cuerpo flaco y descolorido al aire. ¿Estará muerto? Es un borracho. ¡Desgraciado!... La viejecita vacila un momento y vuelve a cruzar decididamente la calle: "Señor, señor"... Le zarandea un

poco. "¿Qué pasa?"... Es una voz agria, destemplada. La viejecita huye asustada. "Esta pobre gente, ¡qué horror!"... Y sigue caminando aprisa, con pasitos cortos, arrebujándose en sus negras ropas. El sol ha comenzado a subir, imponente, de un rojo deslumbrante que ciega, y Caracas empieza a desperezarse con mil ruidos... Otra vez la oscuridad. El templo está vacío, silencioso y negro. Sólo brillan unas velas en el altar mayor y una lamparilla al pie de una imagen. La viejecita se dirige sin vacilar al pie del púlpito, y se arrodilla balbuceando rezos. Casi al mismo tiempo comienzan a llegar formas negras que se van desparramando por el amplio templo, y el cuchicheo se hace mayor. El sacristán enciende unas velas, y comienza la primera Misa de la mañana. Desde el púlpito surge una voz amanerada, de una monótona cadencia infantil, y los quince o veinte fieles asiduos de esta hora responden a una de la misma forma cantarina y rutinaria. Mientras, evolucionan ruidosamente según los momentos de la Misa, al tiempo que tosen, se suenan y carraspean, como si todos los achaques de su vejez tuvieran en aquel refugio la única oportunidad de manifestarse con entera libertad...

Este es el momento más grato en la vida de la señora Rosa la viejecita que todos los días cumple así sus primeros deberes de dar gracias a Dios y pedir por el alma de su difunto marido...

* * *

- Buenos días, don Fulgencio.
- Muy buenas le dé Dios señora Rosa... ¿Cómo ha amanecido?
- Muy bien, muy bien, a Dios gracias... Venía, ¿sabe usted?, a encargar una Misa de difuntos. Pronto va a hacer once años que murió mi Aniceto...
- Ah, ah...
- Quiero que me reserven la de diez con órgano y tres sacerdotes, en el Altar Mayor...
- ¿Para cuándo, señora Rosa?
- Para enero, el 6 de enero, día de Reyes...
- ¡Oh!... aún queda mucho tiempo, ya lo tendremos en cuenta.
- Pero yo quiero que lo apunte en el libro, don Fulgencio, por si acaso. ¡Usted sabe!
- Bueno, bueno, pues ahorita va...
- No se le olvide a Ud. por nada, don Fulgencio. Es lo único que puedo hacer por él. ¡Pobrecito!... ¡Ah!, y quería también hablarle de otra cosa, don Fulgencio.
- Ud. dirá.
- Se trata de Rosita, mi hija...

Don Fulgencio escucha pacientemente las confidencias de la señora Rosa, al pie del púlpito. Su hijita acaba de cumplir 17 años. Es lo único que le queda en este mundo, aparte del recuerdo de su difunto y el consuelo que halla en el templo de Dios. Rosita llegó al mundo cuando Aniceto y él voltearon casi la esquina de la vejez. Fué un milagro. Ella ha conseguido siempre lo que ha pedido, porque pide con fe. Y cuando la chiquita tenía apenas seis años se quedó viuda. Su Aniceto le recomendó insistentemente: "Cuida mucho a Rosita; cuídala mucho, Rosa"... Y ella no hacía otra cosa, bien lo sabía Dios.

Para resumir, el caso es que ahora está notando algo raro en su hija: "Mire Ud., don Fulgencio".

– Pierda cuidado, señora Rosa, yo hablaré a Rosita. no veo por qué tiene Ud. que inquietarse por eso.

– Háblele Ud. hoy, don Fulgencio, después de la función de las hijas de María...

– Bueno, bueno... Buenos días, señora Rosa.

– Buenos días, don Fulgencio, y no se olvide...

Y en verdad, lo que ocurría a Rosita no tenía nada de particular. Era una muchacha sensata, buena y quería mucho a su madre; pero tenía 17 años, y Dios concedió a la niña muchísima simpatía y unos ojos preciosos. Con la excusa de ayudar a su mamá y la secreta intención de emanciparse un poco, abandonó los estudios para empezar a trabajar. Doña Rosa se escandalizó un poco, como es natural; pero el entusiasmo de Rosita pudo más, y entre caricias comunicó un día a su mamá que tenía un empleo. La señora Rosa se resistía débilmente:

– Mira, Rosita: aún nos queda un poco de lo que nos dejó tu buen papá. El se avergonzaría si te viera trabajar en cualquier oficina de esas... Termina tus estudios, después Dios dirá...

Pero se hizo lo que quiso Rosita. Y esta era la primera vez que la chiquilla imponía su voluntad. Esto alarmó a la señora Rosa, y tomó el propósito de vigilar de muy cerca a su pequeña.

Iba todos los días a buscarle a la oficina, y madre e hija acudían juntas después a la función vespertina de la Parroquia. Rosita sufrió al principio las bromas de las compañeras de oficina que salían un rato a pasear para regresar a sus casas sin esa escolta incómoda de sus mamás. ¡Y que anciana era la madre de Rosita!...¡Si parecía su abuela!

– Mamá –le dijo un día antes de acostarse– me da mucha pena que vengas a buscarme a la puerta de la oficina, como si desconfiaras de mí...

Rosa se alarmó. Sermoneó a su hija como conviene a una madre cuidadosa de sus deberes, y se acostaron ambas sin besarse. Era la primera vez que ocurría esto, y Rosa no pudo cerrar ojo durante toda la noche...

– ¿Y qué le contestó, don Fulgencio? –preguntó con ansiedad Rosa.

– Que así era... ¡No hay por qué inquietarse! La niña es buena, comprensiva, muy respetuosa... Ud. debería evitarle la pena de esa vigilancia constante...

– Entonces, ¡Ud. la defiende!...

– En cierto modo sí. No veo nada malo en ello.

Rosa abandonó la sacristía escandalizada ¡Cómo estaba el mundo! Y tomó un propósito. ¡Cambiaría de Parroquia! "Eso es –le decía a Concepción, su amiga–; ordenaré la Misa en otra Parroquia"... Esa fué su venganza y tomó la determinación de cumplir sus obligaciones con respecto a Rosita. Y cumplió rabiosamente su promesa. A pesar de sus protestas, la señora Rosa internó a su hija en un Colegio y se mostró inflexible en su propósito. Un año después, Rosita tomaba sus hábitos de monja. Así se desposó resignadamente con Dios. A doña Rosa quedaba ahora una promesa que cumplir. Debía dar una muestra de humildad. Ella reconocía como buenos los caminos de Dios, y estimaba que Don Fulgencio había sido un vehículo de los divinos designios.

Y un domingo, antes de la misa de 12, se arrodilló frente al pórtico de la iglesia y entre exclamaciones de curiosos, subió de rodillas, lentamente los escalones hasta entrar en el templo. Se detenía de vez en cuando, temblorosa, y miraba a la puerta, esperando ver a don Fulgencio en la entrada. Ella quería, Dios mío, que él la viera así humillada. Los curiosos la creían loca. Alguno dijo: "Es una beata"...¡Beata, beata! ¡Claro que lo era! ¿Y eso no era bueno? Y doña Rosa alcanzó vacilante su lugar bajo el púlpito, y sintió la inmensa dicha de haber cumplido un deber...